

Miguel del Rey

# NAPOLÉON EN ORIENTE

Las campañas de Egipto y Siria

la esfera  de los libros

# Índice

<i>Introducción</i> .....	11
1. LA ALARGADA SOMBRA DE LUIS XIV .....	19
Maniobras clandestinas .....	22
Un poco de geopolítica .....	28
El país de los mamelucos .....	30
El enredo turco .....	40
Enlazar con la India .....	45
2. EL PEQUEÑO CORSO .....	51
El ascenso del mito .....	55
De la Convención al Directorio .....	60
Otro actor entra en escena .....	65
Razones estratégicas y económicas .....	72
3. UN OBJETIVO EN EL HORIZONTE .....	81
Problemas financieros .....	91
Los hombres de Bonaparte .....	96
La travesía .....	129
El viaje a ninguna parte .....	136
Un objetivo en decadencia .....	147
Desilusión .....	158
4. PLOMO Y SANGRE .....	163
La toma de Alejandría .....	175
La larga marcha .....	179
Siempre Nelson .....	190

5.	CUARENTA SIGLOS OS CONTEMPLAN .....	195
	La batalla de las Pirámides .....	201
	El desastre de Abukir .....	212
6.	UN IMPERIO DE ARENA .....	223
	De artes y ciencias .....	230
	Otro mundo .....	234
	Defender lo conquistado .....	246
7.	BLANCOS Y CIVILIZADOS .....	259
	La expedición al Alto Nilo .....	261
	Una nueva cruzada en Tierra Santa .....	275
	Ante los muros de Acre .....	291
	Recuperar el nombre de Abukir .....	298
8.	OS DEJO SOLOS .....	307
	Líos de familia .....	320
	Heliópolis. El último estertor .....	328
	Alianza de civilizaciones .....	337
	La aventura rusa .....	355
	La Paz de París .....	362
	<i>Epílogo. La Coronación</i> .....	371
	<i>Colofón oriental en tierras de Francia. Conseguir lo imposible</i> .....	379
	<i>Breve cronología (1769-1802)</i> .....	381
	<i>Anexo. Miembros de la expedición científica</i> .....	387
	<i>Bibliografía</i> .....	393
	<i>Notas</i> .....	397

## Introducción

**E**n mayo de 1798<sup>1</sup> el general Bonaparte inició una de las aventuras militares más impresionantes de la aventura napoleónica: la campaña en Egipto. Su epopeya dejó una profunda huella en la memoria de los franceses. Durante décadas ha sido el tema de muchas obras de arte, literatura y cine. También está muy presente en los topónimos de los distritos más prestigiosos de la capital francesa.

Al caminar por el centro de París, uno se encuentra constantemente con las evocaciones de los triunfos del ejército francés, conquistados bajo el sol abrasador de Egipto y Palestina. Así, la rue des Pyramides, en el primer distrito, glorifica la batalla de ese nombre, como lo hace en el mismo distrito la rue du Mont-Thabor, llamada así en honor a la victoria de Bonaparte sobre los turcos el 16 de abril de 1799.

También está la rue du Caire en el distrito vecino, el segundo. Allí se incluye una placa conmemorativa: «Deslumbrados por la entrada de Bonaparte en El Cairo el 23 de julio de 1798, los parisinos en 1799 dieron a estas carreteras recién creadas el nombre de la capital egipcia». Justo al lado, la Place du Caire y las calles de Alejandría, Nilo y Damietta mantienen el recuerdo de los hitos esenciales de la conquista.

El segundo distrito lo atraviesa además en diagonal la rue d'Aboukir. No la batalla naval del 1 al 2 de agosto de 1798 donde Nelson destruyó a la flota francesa y bloqueó al ejército de Bonaparte, sino la otra batalla de Abukir, la terrestre, cuando el 25 de julio de 1799 las tropas francesas al mando de Bonaparte arrojaron al mar a las fuerzas turcas muy superiores que habían desembarcado. De hecho, se denominó así para hacer olvidar a la primera.

Eso nos lleva a otra reflexión: los nombres mencionados solo inmortalizan los eventos del primer año de la campaña egipcia, cuando Napoleón Bonaparte estaba al frente del ejército. A pesar de ello, el conflicto duró en total más de tres años: tras el regreso a Francia del comandante en jefe con su séquito más próximo en agosto de 1799, al que siguió su usurpación del poder supremo, sus desamparadas tropas tuvieron que continuar la lucha contra múltiples enemigos —británicos, otomanos, mamelucos, beduinos— hasta que se vieron obligadas a deponer las armas el 30 de agosto de 1801 en condiciones honorables. Sin embargo, la historia de esa otra lucha desesperada del ejército abandonado por su líder incluye otros tantos actos heroicos que hoy están prácticamente olvidados. Solo hay una excepción, el nombre de una pequeña calle de apenas cien metros de largo, la rue d'Héliopolis, pero está lejos, perdida en los márgenes de la capital francesa, en el 17.º distrito, no lejos de la carretera de circunvalación, como si con la distancia se la quisiera alejar en la historia. Vamos a intentar en los capítulos siguientes acabar con esta injusticia y explicar las razones por las que solo se exhiben las victorias de Bonaparte, se ocultan sus derrotas y se obvia cualquier triunfo que no haya protagonizado.

Hay que retroceder en el tiempo. En 1768, el conde de Vergennes, embajador de Francia en Constantinopla,<sup>2</sup> recibió de su vicecónsul en Alejandría una queja contra un funcionario de aduanas de la ciudad al servicio de Ali-Bey al-Kabir, el jefe mameluco que ejercía por entonces como gobernador de la provincia otomana de Egipto. El futuro ministro de Luis XVI respondió a su agente en los siguientes términos: «Lo que podría ser objeto de una explicación y, a lo sumo, de una acción legal, no debería ser objeto de una disputa. Tenemos intereses más importantes que cuidar en Turquía que enterrar ejércitos en las arenas de Egipto».

Treinta años después, el Directorio surgido de la Revolución marcó un importante punto de inflexión en esas relaciones con Oriente: anuló la política tradicional que había mantenido el país y, dispuesto a realizar los sueños de conquista del Antiguo Régimen, envió a la tierra de los faraones un ejército de cuarenta mil hombres.

Se analizarán, cómo no, las razones que impulsaron al Directorio para considerar el proyecto egipcio como el único aceptable para ata-

car a Inglaterra. Los contemporáneos de Bonaparte y muchos historiadores que han escrito sobre el tema, han ofrecido a menudo el argumento, un tanto simplista, de que la expedición se organizó para enviar lejos al vencedor de Italia. Para deshacerse de él, pues el joven general comenzaba a convertirse en una amenaza para el Gobierno y para algunos de sus miembros, incluido Paul Barras, que probablemente tenía una aventura con Josefina —su esposa—, y estaba ansioso por verlo partir hacia una misión que lo alejara de París. No se intentarán refutar esos supuestos para no desafiar a la historiografía tradicional, pero veremos cómo las principales razones para organizar la expedición, tanto de Bonaparte como del Directorio, fueron de nivel estratégico y económico. Más aún, no solo Bonaparte se sentía muy atraído por Egipto y pensaba que al no tener un ejército organizado o no disponer de una administración fuerte sería una conquista fácil que permitiría a Francia una apertura hacia las rutas comerciales del Lejano Oriente, sino que también estaba convencido de que era hora de dejar la capital, porque su futuro político se vería seriamente comprometido si se quedaba más tiempo.

La gran cualidad de Bonaparte fue siempre saber explotar las debilidades del enemigo. En este caso, encontrarse ante un país dividido entre la autoridad lejana del Imperio otomano y la violenta dominación de los mamelucos. Este factor será uno de los que faciliten la conquista. Sin embargo, hay que señalar que la expedición no solo fue militar, sino también cultural. Se embarcó con él a toda una comunidad científica con el objetivo de desarrollar los recursos de Egipto y dar a conocer al mundo esa cultura olvidada. A su vez, Napoleón quiso también educar y deslumbrar al pueblo egipcio con las ideas de la Ilustración.

La egiptomanía hacía furor en Francia y la expedición despertó el interés por todos los mitos de ese antiguo imperio: el de las pirámides y los templos, el de Alejandro y Cleopatra. Además, la participación de cerca de 170 eruditos, muchos de los cuales regresaron cargados de tesoros, contribuyó a la fama de una experiencia que de inmediato se presentó como un enfrentamiento entre dos civilizaciones. Pero no fue tanto eso, como una campaña militar a gran escala con múltiples op-

ciones de futuro, que movilizó una flota de varios cientos de barcos para transportar decenas de miles de hombres a través del Mediterráneo. Lejos de Europa, las tropas de Bonaparte descubrirían un país que les era desconocido y otra forma de hacer la guerra.

Solo cuando el lector llegue el momento en que se inicia la conquista del Alto Egipto, Bonaparte dejará de ser el protagonista de la aventura. Durante esa campaña cederá el protagonismo al general Desaix y será este el polo de atracción. Veremos cómo se compromete a perseguir a los mamelucos y cómo debe enfrentarse a un grave problema: la insurgencia de las aldeas que deja atrás. Constantemente, tiene que volver a proteger sus líneas de comunicación y hacer frente a la falta de alimentos, municiones y hombres.

Se hablará también de Nelson, de la destrucción de la flota francesa, que dejará al ejército prisionero en Egipto. Pero también de cómo se sobrepuso Bonaparte, comportándose como un verdadero soberano, dispuesto a acometer la reforma del país según el modelo francés: celebración de las fiestas republicanas, creación de periódicos, reorganización de la administración local, reforma de la recaudación de impuestos... Todo llevado a cabo con el apoyo y la ayuda de notables locales.

Incluso, si en algún momento queremos sentirnos algo proclives a la exageración, vamos a poder comparar la campaña egipcia de Bonaparte con su conquista de Europa, sin que nadie pueda mirarnos con asombro. Su experiencia en el gobierno le dio la confianza para volver a Francia, deponer al Directorio y proclamarse primer cónsul y luego emperador. Su decisiva victoria sobre los egipcios a lo largo del Nilo se refleja con claridad en las tácticas que posteriormente utilizó en Ulm y Austerlitz, Quatre Bras y Ligny. Su desafortunada marcha hacia Siria, que culminó con el fallido asedio de Acre y la subsiguiente retirada por la peste, presagió el rápido avance de 1812 y la infame retirada de Moscú. Los impermeables cuadros de infantería que desafiaron majestuosos a Murad Bey ante las pirámides, serán diecisiete años después su ruina en Waterloo.

Hay una inmensa cantidad de fuentes sobre la expedición. Por el lado francés, se han utilizado las primarias, como la correspondencia de Napoleón y sus oficiales,<sup>3</sup> las ordenanzas publicadas, y las cartas, testi-

monios y memorias de los que participaron en la campaña. Por supuesto, a veces hay exageraciones, pero, aun así, esos relatos prevalecen como valiosa información. Para saber qué parte tienen de realidad, basta con ver cómo los autores se enfrentan a la batalla de las Pirámides.

Algo similar ocurre con las fuentes británicas de la época, pero en sentido contrario, los libros que se han publicado sobre este tema —al fin y al cabo, de los vencedores— son a menudo anecdóticos, porque las hazañas militares ocupan el máximo espacio. Muchos son poco más que un interesado panfleto político para denunciar las supuestas atrocidades cometidas por los franceses durante la ocupación.

Entre las obras de origen árabe, las más valiosas son las del egipcio Abd ar-Rahman al-Jabarti y las del libanés Niqula al-Turk.<sup>4</sup> Los dos presenciaron los acontecimientos de la expedición. Aunque muchos investigadores —sobre todo musulmanes— han marcado importantes diferencias en sus descripciones. Condicionadas por la falta de homogeneidad en su origen, religión, estatus social e inclinación política, sus opiniones sobre la expedición francesa no son tan dispares. Pensaban de manera parecida sobre las consignas religiosas de los franceses y no aprobaron su comportamiento en Egipto. Incluso describieron los levantamientos de El Cairo de forma similar.

Buena prueba de que mantenían criterios comunes es la crítica de ambos al mayor absurdo de la expedición: la idea de Napoleón de convertir al islam a todo el Ejército de Oriente, como demostración de sus buenas intenciones. Separado del mundo exterior por el bloqueo británico y con el imperio de Alejandro como precedente —más adecuado para su propósito que el del conquistador César—, preguntó a los teólogos de al-Azhar qué pasos deberían tomarse para lograr esta fusión definitiva de Oriente y Occidente. A su petición siguió un extraño y prolongado intercambio de correspondencia, cuyo resultado fue que los sabios muftíes, tras consultar debidamente a sus colegas en La Meca, respondieron que solo dos obstáculos se interponían en el camino: uno, la circuncisión; el otro, la ingesta de alcohol, prohibida a los musulmanes. Los hombres de Bonaparte estaban muy lejos de tan altos objetivos.

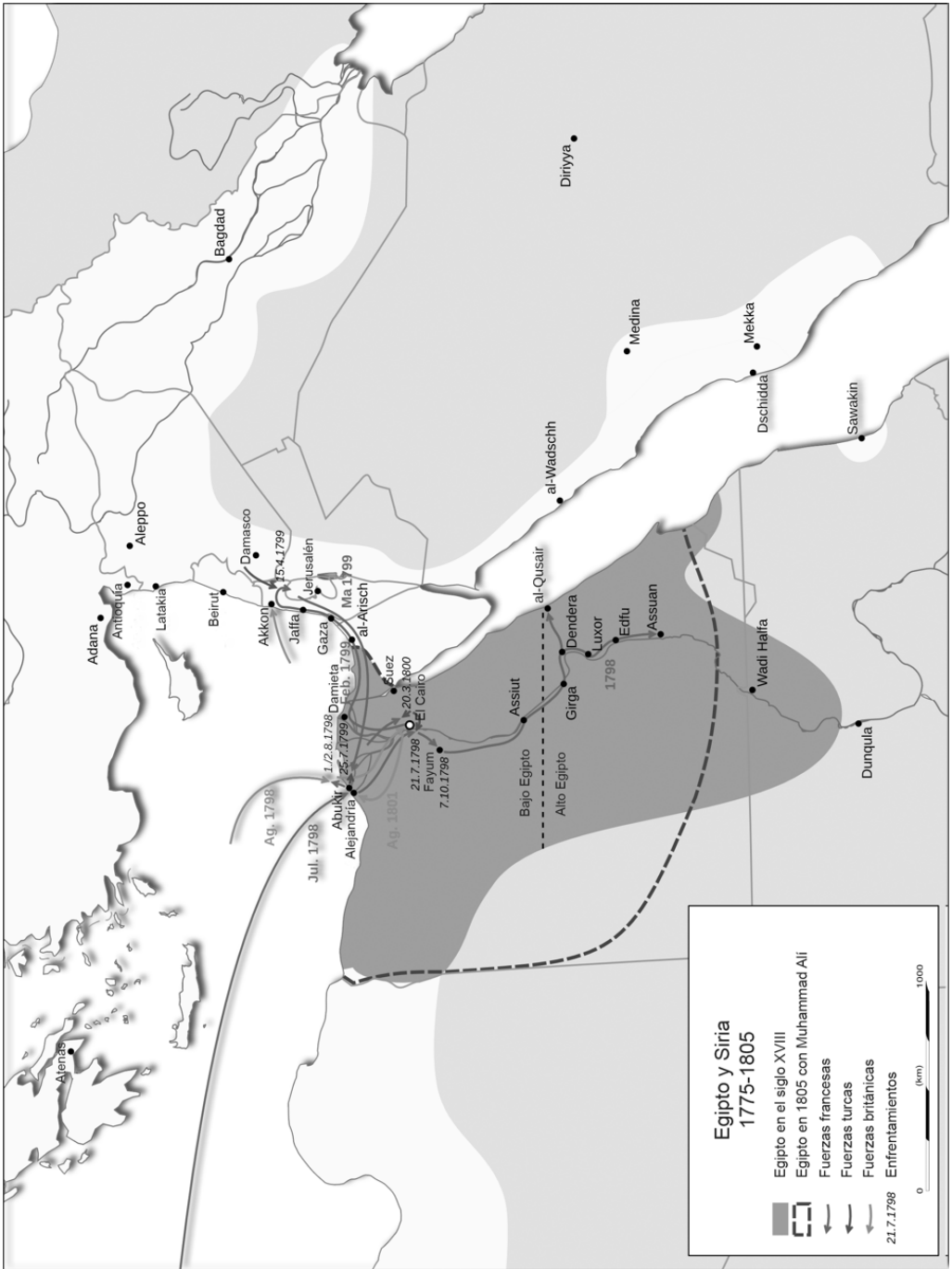
A pesar de sus diferencias, al-Jabarti y al-Turk tenían una imagen común del mundo, y sus puntos de vista sobre varios eventos no se



contradican, sino que se complementan. Sus obras nos permiten equilibrar la imagen inevitablemente unilateral que aparece si estudiamos la campaña de Bonaparte solo con fuentes occidentales, ya sean francesas —casi siempre para bien—, o británicas —rotundamente contrarias a todo lo que representa.

En cuanto a muchas de las ilustraciones que se incluyen en esta obra, el primer cónsul, que pronto será emperador, necesitará apoyarse en la imagen para legitimar su reinado. Por lo tanto, se convertirá en un importante mecenas que invitará a artistas a glorificar el nuevo régimen imperial e inmortalizar sus hazañas. La representación, a menudo distorsionada, embellecida, construida, de sus campañas territoriales, será una de las estrategias que tome prestadas para mejorar su imagen de prestigio. Disfrutará de una coyuntura favorable, ya que el descubrimiento de territorios insospechados y el exotismo, entendido como una de las soluciones al mal del siglo: el deseo de la burguesía, sedienta de emociones, de escapar de la monotonía de la vida en la ciudad, complacerá a los ciudadanos, a los críticos y a los artistas, ansiosos por nuevos temas. Lo mismo ocurrirá con los relatos en torno a la campaña, que serán parte de la propaganda del régimen imperial antes de alimentar la leyenda napoleónica. Eso es lo que se abrirá camino sobre el indiscutible fracaso militar que comenzó ante los muros de San Juan de Acre:<sup>5</sup> el éxito desde el punto de vista científico y cultural.

El descubrimiento de la civilización oriental fascinará a la Europa artística y culta y será una conmoción para muchos franceses: el estilo del «regreso de Egipto» estará de moda bajo el Consulado y el Imperio, mientras que el orientalismo florecerá en las artes francesas durante varias décadas. Los estudios sobre la civilización de los faraones también se multiplicarán. Desde la monumental *Descripción de Egipto* —que verá la luz entre 1809-1829 y de la que se tratará—, hasta el descifrado de jeroglíficos por Champollion —*Precisión del sistema jeroglífico de los antiguos egipcios*, publicado en 1824—, sin olvidar la inauguración del museo egipcio por Carlos X en el Louvre en 1826, y la instalación del obelisco de Luxor en la Place de la Concorde en 1836. Durante décadas, la competencia entre egiptólogos franceses e ingleses será rabiosa. Francia y Egipto mantendrán, a pesar de todo, relaciones privi-



legiadas a lo largo del siglo, concretadas por viajes o intercambios diplomáticos y comerciales —el canal de Suez, terminado en 1869, la gran obra pública francesa—. La expedición a Egipto, un conflicto sangriento, de utilidad incierta, será la que permita al país abrirse de nuevo al mundo, e iniciar intercambios con Europa que se desarrollarán a lo largo de los siglos XIX y XX.

## LA ALARGADA SOMBRA DE LUIS XIV

*La posesión de Egipto abrirá una rápida comunicación con las  
ricas tierras de Oriente; dejará el comercio de las Indias para  
Francia y franqueará el camino de los grandes capitanes  
para marchar a conquistas propias de Alejandro.*

GOTTFRIED LEIBNIZ

Vamos a comenzar esta obra con una curiosa dualidad: la relación entre el Rey Sol —Luis XIV—, y el Dios Sol —Ra, principal deidad de Egipto—. Es habitual pensar que Napoleón Bonaparte se levantó una mañana y, para aumentar su gloria y fastidiar un poco a los británicos, decidió ocupar Egipto. No es cierto. El antiguo hogar de los faraones era un objetivo que pretendía Francia desde el siglo xvii.

En cierta ocasión, Gottfried Leibniz, el filósofo y matemático alemán, intentó persuadir a Luis XIV para conquistar Egipto. En la nueva configuración mundial imaginada por el filósofo, Inglaterra y Dinamarca deberían apoderarse de América del Norte, España de América del Sur y Holanda de las Indias Occidentales, mientras que el Levante —el Imperio otomano— quedaba reservado para el rey de Francia, elegido «por la Divina Providencia para ser el guía de las armas cristianas», como lo fueron los reyes de Jerusalén Godefredo de Bouillon y Balduino, y, especialmente, Luis IX de Francia —san Luis—. El norte de África, incluido Egipto, «el país más feliz del mundo», debería regresar, naturalmente, a manos de Francia. Mal armado y peor preparado para la guerra debido a un largo periodo de *pax otomana*, Egipto ofrecería a Luis XIV «gloria inmortal, conciencia pacífica, aplauso universal, victo-

rias e inmensas ventajas». Así, una vez conquistado el Imperio otomano por el norte y el sur, la paz reinaría en lo sucesivo en la tierra y los hombres ya no tendrían que «hacer la guerra, excepto contra los lobos y los animales salvajes, que por el momento todavía está permitido, y contra los bárbaros y los infieles, antes de que fueran domesticados».

Al trabajo original le siguieron dos memorias bastante breves, una en francés y otra en latín. En ambas, el filósofo intentaba desviar al soberano de la guerra contra los holandeses, mostrándole la ventaja, e incluso la necesidad, de emprender la conquista de Egipto. Hay un tercer proyecto, una disertación en francés sin fecha, pero con la misma argumentación y las mismas características que también pertenece a Leibniz. Presentado al monarca «después de una cuidadosa consideración», este tercer documento también intenta, sobre todo, resaltar el interés de Luis XIV no en luchar contra Holanda, sino contra Turquía. En el primer caso, dice, Francia tendría como aliados solo a aquellos a quienes pudiese sobornar; en el segundo, a un número infinito: el papa, los portugueses, los príncipes de Italia y Sicilia, los españoles en el Mediterráneo, pero también al emperador y a los polacos. Leibniz no encontraba suficientes calificativos para retratar las maravillas de Egipto, y utilizó argumentos históricos, geográficos, políticos y económicos bastante precisos. Muy simbólicas en términos de confrontación entre los mundos oriental y occidental, las referencias del filósofo se remontaron a la época de Alejandro Magno, a Augusto y Nerón, a las cruzadas y a la continuación del Concilio de Lyon, celebrado en 1245, cuando el devoto rey Luis IX se dirigió contra Damietta, pero fue derrotado y hecho prisionero en El Mansura, en el delta del Nilo, con todo su ejército.

Pese a ese trágico final, Leibniz estaba convencido de sus planteamientos. Bastaría con movilizar treinta mil hombres —aseguraba—. La navegación no plantearía ningún problema, especialmente tras los considerables avances conseguidos por la armada francesa tanto en términos de potencia como de número de buques. Durante la travesía, que podría realizarse en unas seis semanas, Malta, aliada de Francia, sería un paso importante antes de pasar a Alejandría. Asimismo, la ayuda proporcionada por Francia en 1669 a la República de Venecia en la lucha contra los turcos en Creta servía de ejemplo para consolidar la

posición Mediterránea. Además, si fuera necesario, la flota tenía la posibilidad de acercarse a varios puertos del Magreb. Pero, sobre todo, ante un ataque tan repentino, las fuerzas otomanas se concentrarían en Constantinopla, Egipto difícilmente podría recibir ayuda sobre el terreno. En cuanto a la flota turca, Leibniz está convencido de que apenas existía, aunque en 1669 había demostrado lo contrario frente a Creta. Leibniz también repasaba todas las fortificaciones ubicadas a orillas del mar Mediterráneo y el mar Rojo para indicar que, debido al abandono de los turcos, estaban en mal estado. Sobre los puertos turcos de Suez y Qosseir, en el mar Rojo, el filósofo preveía una unión del ejército francés con la flota portuguesa para neutralizarlos. La fortaleza de El Cairo, que le parecía la más sólida, quedaría reducida al hambre por un bloqueo que la obligaría a rendirse.

Los preparativos serían tanto más secretos cuanto que los turcos no imaginarían que un asalto de esa entidad fuera posible; a lo sumo pensarían que estaría destinado a Creta, los Dardanelos o incluso Constantinopla. Tan pronto como los franceses hubieran desembarcado, las costas podrían ser ocupadas, las comunicaciones entre Asia Menor y Siria se cortarían y Turquía ya no podría enviar ayuda. Si lo hiciera, despojaría sus fronteras húngara, ucraniana, georgiana y persa, y estaría expuesta a los ataques de sus vecinos.

A pesar de que una carta a Luis XIV del barón Jean Chrétien de Boyneburg, asesor personal del elector de Mainz, fechada el 20 de enero de 1672, recomendó el proyecto, el rey le respondió a Leibniz que las guerras santas habían pasado de moda desde san Luis.

Estas desdeñosas palabras pueden sugerir que el soberano, completamente dedicado a otros proyectos, despreciaba deliberadamente una tierra que Francia parecía haber hecho suya al marcarla durante años con su sangre, pero sería una suposición injusta, pues ningún soberano francés se preocupó por Egipto con más atención que el gran rey, de hecho, estableció con el país una preponderancia comercial, que duraría hasta el estallido de la Revolución. Sin embargo, solo utilizó medios pacíficos para conseguirla. Una serie de esfuerzos lentos, a menudo misteriosos, que gradualmente permitieron a los franceses conseguir una posición privilegiada en las orillas del Nilo.

## Maniobras clandestinas

Francia adivinó pronto en Egipto la futura ruta a la India, y Suez llamó su atención tanto como El Cairo y Alejandría. Como demostró Ferdinand de Lesseps mucho después, cuando comenzó la impresionante obra del canal, reconoció la importancia geográfica de la franja de tierra bañada por un lado por las olas del Mediterráneo y por el otro por las del mar Rojo; vio allí la verdadera puerta de comunicación entre dos mundos diferentes, Europa y el Lejano Oriente, y trató de abrirla en su exclusivo beneficio.

En varias ocasiones, con una constancia inagotable, París exigió a la Sublime Puerta la autorización para establecer un sistema de comunicaciones simples y rápidas entre el océano Índico y el Mediterráneo por el mar Rojo, Suez y Alejandría. Fueron esfuerzos prematuros y no llegaron a tener éxito, pero resultaron útiles: crearon una tradición y prepararon el futuro.

Hasta el siglo xvi, Egipto había sido el gran almacén del comercio indio. Todos los productos procedentes de las ricas regiones del Lejano Oriente: objetos de necesidad y lujo, especias, perfumes, sedas, incluso delicadas piezas de arte fabricadas con ancestrales métodos secretos, llegaban por el mar Rojo a los estados sudaneses de Egipto. Luego, transportados en camello desde los puertos del golfo Árabe hasta las orillas del Nilo, el gran río los conducía, por un sistema de múltiples canales, a las afueras de Alejandría. Allí los comerciantes cristianos los esperaban y los compraban para distribuirlos por Europa con buenos beneficios. Venecia, que se había asegurado la mayor parte de ese comercio, ocupaba el primer lugar entre las naciones extranjeras establecidas en Egipto; pero Francia ocupaba el segundo, y Marsella compartía con la gran república mercantil la ventaja de proporcionar a Europa las riquezas traídas de Asia. En esa época, Egipto disfrutó de una prosperidad que no volvió a repetir. Cada año llegaron flotas cargadas de tesoros; desde Suez hasta el Nilo, innumerables caravanas atravesaron el desierto, y El Cairo, la ciudad mágica de los narradores árabes, se convirtió en un enorme y populoso bazar. Lo mismo que Alejandría, que se mereció el apodo que le dieron: «Mercado de dos mundos».

El descubrimiento del cabo de Buena Esperanza y la apertura de una ruta más larga pero directa a la India, permitió a los europeos buscar sus propios productos, sin utilizar el intermediario del mundo musulmán. El profundo cambio que eso supuso en los hábitos comerciales tuvo efectos fatales para Egipto en particular y para el Imperio otomano en general, pero también le dio un golpe a Venecia del que nunca pudo recuperarse; finalmente, acabó por suprimir una de las ramas más fructíferas de su comercio, pero los franceses lo mantuvieron. Un tránsito débil continuó durante algún tiempo entre el mar Rojo y Suez, luego se detuvo por completo alrededor de 1635, y Egipto se convirtió en un callejón sin salida.

Sin lugar a dudas, gracias a la fertilidad de su suelo y a la rica variedad de sus productos, la región pudo valerse por sí misma, pero, al mismo tiempo, la tiranía de los Bajás enviados por la Sublime Puerta, la ferocidad de las milicias, los beys turcos y los mamelucos, hicieron que permanecer en el territorio fuera casi imposible para los europeos. Venecia, incluidos su cónsul y sus nacionales, se retiró rauda de esa tierra inhóspita. Los ingleses y los holandeses, que acababan de establecerse, la imitaron. Los franceses no, se quedaron. Permanecieron en El Cairo y en Alejandría, sin competidores, pero perturbados en sus operaciones comerciales. Un hecho puede dar idea de los obstáculos que los otomanos les impusieron: el derecho de aduana, fijado en otras escalas al 5 por ciento, se les incrementó a ellos al 20 por ciento. Preocupados por su seguridad, tratados como esclavos, sometidos a continuas persecuciones, con una existencia miserable y precaria, los franceses insistieron en quedarse. Durante años.

En 1661, tras unos primeros tiempos muy ajetreados en el trono, Luis XIV se comprometió a restaurar el comercio de Francia y le confió a su hábil ministro, Jean Baptiste Colbert la ejecución de ese vasto diseño. La atención de Colbert se centró casi de inmediato en Egipto. Comprendió la ventaja que suponía haberse mantenido en la región, en un momento en que el resto de naciones renunció a competir por aquel mercado, y propuso apoyar un amplio proyecto que devolviese a las rutas por el país la importancia de antaño, pero, lógicamente, esta vez con exclusividad francesa.



Apoyado en todo tipo de estudios, Colbert presentó en 1664 dos memorias, una relativa a Relaciones Exteriores y otra a la Armada. En ellas indicaba los medios que consideraba apropiados para devolver al Mediterráneo el comercio del Lejano Oriente, a través de Egipto y dejarlo por completo en manos francesas.

En la mente de Colbert, todo tenía que responder a una empresa correlativa que debía intentarse del lado de Egipto y prepararse a través de canales diplomáticos. Mediante embajadores, se debía persuadir al sultán para que abriera a la marina mercante francesa el mar Rojo, cuya navegación estaba prohibida a los cristianos debido a la proximidad de La Meca; convencerle de que liberase a los franceses de Egipto de la humillante servidumbre en la que se encontraban y obligarle a garantizar la seguridad del paso de mercancías por Suez y por Egipto, otorgándole a Francia el monopolio de su transporte. Los barcos de la Compañía de las Indias irían a Surat y a Bombay por ricos cargamentos que llevarían a Suez; allí los franceses tendrían tiendas para recibirlos y luego los llevarían, en parte mediante caravanas y en parte por el Nilo, a Alejandría, donde los barcos de otra compañía que sería fundada por Francia, la del Levante, esperarían para llevarlos a Marsella y al resto de puertos del Mediterráneo. Completando su viaje sin abandonar las manos de Francia, y pagando a la aduana turca solo una tarifa de tránsito moderada, estos bienes se debitarían de manera más económica que los que llegaban por rutas distantes y obtendrían fácilmente preferencia. Esta contrarrevolución comercial anularía en gran medida los efectos del descubrimiento del cabo de Buena Esperanza; convertiría a Francia en el dispensador permanente de productos indostanos y obligaría a otras naciones a convertirse en sus clientes.

Luis XIV, que acababa de fundar la Compañía de las Indias, se mostró entusiasmado con el proyecto, lo colmó de privilegios, le aseguró un fondo considerable, y le dotó de contadores y una flota. Nadie tuvo en cuenta lo que opinara de ello la Sublime Puerta, sin la que era imposible llevar adelante la operación planificada.

Los turcos no lo vieron con buenos ojos, y, de hecho, les pareció un tanto ofensivo. Ese mismo año, molesto, Luis XIV se alió con los austriacos y el 1 de agosto derrotaron al gran visir Fazil Ahmed en la

batalla de San Gotardo, en las proximidades de la actual frontera entre Austria y Hungría. Luego, junto a los venecianos, participaron en agosto de 1669 de manera infructuosa en el sitio de Candia —Creta—. Eran resultados muy dispares, pero a Estambul no le interesaba perder al único aliado cristiano que mantenían desde los lejanos tiempos de Solimán el Magnífico.

En 1673, Luis XIV envió una flota a los Dardanelos y obtuvo nuevas capitulaciones que lo reconocieron como el único protector de los católicos, un privilegio que Francia había perdido en 1643 en favor de los griegos, eso relanzó rápidamente la alianza con la Sublime Puerta para facilitar su política expansionista. Con astucia, el rey evitó firmar un compromiso formal, pero mantuvo una cautelosa y benevolente neutralidad. Animó a los otomanos a abrir un nuevo frente contra los Habsburgo, y aprovechó su conflicto con el Sacro Imperio Romano Germánico para promover sus propios intereses territoriales. Fueron años en los que la diplomacia francesa siguió marcada por la preocupación entre mantener el equilibrio con las potencias europeas y consolidar las ventajas que los comerciantes franceses obtenían mediante su privilegiada situación.

Esas garantías animaron a los turcos a no renovar la paz de Vasvár, firmada en 1664 durante veinte años con Austria, y a pasar a la ofensiva. Llegaron hasta las puertas de Viena. El gran visir Kara Mustafa no pudo tomar finalmente la capital imperial, fue rechazado en 1683. En esta ocasión, Luis XIV no solo se negó a ayudar a los austriacos, sino que incluso trató de evitar que Juan III Sobieski salvara la ciudad, y aprovechó la oportunidad para atacar ciudades de Alsacia y determinadas regiones del sur de Alemania. Logró obtener la firma de la tregua de Ratisbona el 15 de agosto de 1684, lo que le permitió hacerse con varios territorios a lo largo de la frontera, para proteger Francia de una posible invasión extranjera.

Ante el peligro que le oprimía en la frontera oriental, el Sacro Imperio Romano se comprometió a combatir a los otomanos. El papa Inocencio XI, Leopoldo I, Venecia, la República de Polonia y Rusia se unieron en una Liga Santa. Luis XIV, que veía grandes ventajas en que Leopoldo I estuviera exhausto, no solo declinó la invitación, sino que animó a Mehmed IV a perseverar en su lucha contra los Habsburgo.

Al iniciar hostilidades contra Leopoldo I en 1688 a lo largo de la frontera del Rin el monarca francés también dio un respiro a los otomanos, que hasta entonces habían sido obligados a retroceder y, liberados de la presión imperial, incluso pudieron recuperar algunos territorios perdidos. Esta vez, hasta los británicos, que comenzaban a tomar posiciones en Oriente, le criticaron. En el diario de sesiones de la Cámara de los Comunes del 15 al 16 de abril de 1689 puede leerse: «Es el más cristiano de los turcos; el más cristiano de los devastadores de la cristiandad; el cristiano más bárbaro, que ha perpetrado tales ultrajes contra los cristianos que hasta sus aliados infieles se avergonzarían».

El final de la Guerra de la Liga de Augsburgo en 1697 con la firma del Tratado de Ryswick, puso fin a la alianza entre Francia y la Sublime Puerta, que había dado lugar a una estrecha cooperación militar entre 1692 y 1695, y la confianza del rey en los turcos se marchitó.

Reducida en las mentes europeas la amenaza ante la gran derrota otomana en Viena, solo quedó de los turcos la moda de sus objetos y costumbres, las *turqueries*, es contraposición a la moda de objetos chinos, o *chinoiseries*, que había inundado el estilo rococó. El orientalismo se volvió muy popular con las obras de Jean-Baptiste van Mour, que acompañó a la embajada de Charles de Ferriol en Constantinopla en 1699, y permaneció allí hasta que falleció en 1737, y las de François Carnicero y Jean-Honoré Fragonard.

La literatura francesa también estuvo muy influenciada por esa moda. La primera versión de *Las mil y una noches* se publicó en 1704. Los autores franceses utilizaron Oriente como pretexto para enriquecer su trabajo filosófico y escribir sobre Occidente. Montesquieu escribió en 1721 las *Cartas persas*, un ensayo satírico sobre Occidente, y Voltaire utiliza la moda de Oriente en *Zaire* (1731) y *Cándido* (1759).

Las influencias otomanas también fueron culinarias. El café lo introdujo en Marsella Pierre de La Roque en 1664, pero la moda del café en París la inició en 1669 el embajador otomano en la corte de Luis XIV, Suleiman Aga. También la de los locales destinados a servirlo, en particular el famoso Café Procope, la primera cafetería de París, fundada en 1689. En la alta sociedad francesa, la moda de los turbantes

y caftanes se extendió sin limitaciones, como lo hizo la costumbre de acostarse sobre alfombras y cojines.

La pasión de los franceses por Egipto en particular se inició en la primera mitad del siglo XVIII, sobre la base de estudios que le dieron una visión mística —por ejemplo, las obras sobre los jeroglíficos publicadas en el siglo XVII por el jesuita Athanasius Kircher, uno de los científicos de espíritu enciclopédico más importantes de la época barroca—<sup>1</sup> o lo vincularon con la tradición judeocristiana, pues muchos episodios de la Biblia quedan enmarcados en su territorio. Principalmente las razones que dieron origen a este renovado interés durante la Ilustración fueron de dos tipos: las arqueológicas —los descubrimientos durante las excavaciones romanas de 1711, la fundación de una sociedad egipcia en Londres en 1741 y la creación de un museo egipcio por el papa Benedicto XIV en 1748—. Y, al mismo tiempo y con la misma importancia e intensidad, las de tipo editorial: se multiplicaron las publicaciones de obras científicas y las relaciones de viajes. *La Antigüedad explicada y representada en figuras*, publicada en 1719 por el benedictino Bernard de Montfaucon; *Colección de antigüedades egipcias, etruscas, griegas, romanas y galas*, de Anne-Claude de Tubières-Grimoard, conde de Caylus, publicada entre 1752 y 1755; las relaciones de viajes de Paul Lucas por Oriente publicadas en 1704, 1712 y 1719; o la exitosa novela *La vida de Sethos: tomada de memorias privadas de los antiguos egipcios*, un *best seller* publicado en 1731 por el abad Jean Terrasson, miembro de la Academia Francesa, no podían faltar en cualquier biblioteca que se preciase de culta.

Este «ambiente egipcio» no estuvo exento de otras consecuencias como el desarrollo de la masonería —un fenómeno social de primordial importancia en la Ilustración, ya que afectaba a las élites de todos los países—. Los monarcas «ilustrados» de toda Europa construyeron esfinges y obeliscos, que consideraban la representación de su poder. El obelisco y la pirámide que pueden verse en el parque Monceau, por ejemplo, erigidos entre 1769 y 1773, son el resultado del sueño de un maestro de una logia masónica.<sup>2</sup>

Al igual que su siglo, Bonaparte no pudo evitar sentirse atraído por Oriente y Egipto. En su juventud, leyó y anotó la *Historia de los árabes*,

de Marigny, publicada en 1791, y *Memorias sobre turcos y tártaros*, de Tott; más tarde, las obra de Volney y de Savary. En 1795, en uno de esos momentos de melancolía que marcaron su juventud, incluso consideró unirse a los ejércitos otomanos.

### **Un poco de geopolítica**

En la segunda mitad del siglo XVIII, el Imperio otomano se debilitó. Su población quedó estancada, mientras se expandía la de Europa; su economía quedó bloqueada por impuestos incoherentes y la descentralización del poder promovió conflictos entre los gobernadores provinciales —entre ellos mismos y entre ellos y el poder central—. La autoridad de la Sublime Puerta sobre sus heterogéneos territorios que agrupaban a todo el islam occidental, excepto Marruecos, era inexistente cuando uno se alejaba de la capital y el despotismo, primero con el sultán Abdul Hamid, y desde 1789 con Selim III, era la regla operativa de un imperio en el que reinaba la corrupción.

Nada funcionaba en el reino de Selim, y menos cuando además de a las intermitentes epidemias de peste, tuvo que enfrentarse al renacimiento de sus dos grandes vecinos europeos, Rusia y Austria, depredadores naturales de sus fronteras, que llevaron la guerra a su territorio de 1787 a 1792. Francia, su tradicional aliada, atrapada en la agitación revolucionaria, no intervino. El sultán tuvo que confiar en unos recién llegados a esa parte del mundo, que ya no dudarían en quedarse: Gran Bretaña y Prusia.

Aunque pudiera parecer ajena a lo que ocurriese en Oriente, sumergida en sus conflictos internos, la sutil decadencia del Imperio otomano no había dejado a Francia indiferente. Bajo el reinado de Luis XVI, dos políticas muy distintas se habían mostrado enfrentadas: una, heredada de Étienne de Choiseul, secretario de Estado, Guerra, Marina y Asuntos Exteriores hasta 1770, abogaba por una conquista pura y simple de parte de sus territorios y el establecimiento de un imperio colonial francés, como el que los ingleses forjaban en la India; la otra, defendida por Charles Gravier de Vergennes, también ministro

de Exteriores, quería por el contrario fortalecer a la Sublime Puerta y ayudarla a modernizarse para preservar el equilibrio territorial europeo mientras se desarrollaba la influencia francesa.

La posición de Vergennes no era solo política y económica. También se inspiraba en una voluntad «civilizadora», nacida de la Ilustración, apoyada por la razón, contra el despotismo. Para él, los pueblos que alguna vez habían desarrollado una civilización floreciente, como los egipcios, los griegos o los árabes, debían estar entre los primeros beneficiarios de esta nueva racionalidad.

Se siguiera una u otra corriente, la idea de una intervención francesa en territorio otomano, particularmente en Egipto, estaba muy presente en la política francesa al final del Antiguo Régimen, y también durante el Directorio nacido en 1795 tras la Revolución, en particular gracias a los herederos de las ideas de Choiseul.

Egipto, una provincia bajo el gobierno teórico de los beys, que dominada por la élite militar mameluca disfrutaba de una gran autonomía de la Sublime Puerta, no era un lugar totalmente desconocido: los últimos viajeros que habían atravesado el delta del Nilo al final del Antiguo Régimen eran Claude Étienne Savary, que en 1776 estuvo durante un año mezclado con los habitantes de Alejandría, El Cairo y Rosetta, antes de iniciar un periplo por las islas griegas y, sobre todo, el orientalista Constantin Chassebœuf de La Giraudais, conde de Volney, luego estrechamente vinculado con Bonaparte,<sup>3</sup> que marchó a los territorios de la Sublime Puerta en 1783 con la intención de conocer la cuna de sus ideas religiosas y estudiar la situación política del Imperio otomano, y publicó en 1787 *Viaje a Siria y Egipto*, una obra de gran éxito internacional que daba una imagen muy precisa del país.

Aunque, no nos engañemos, no estaban exentos de prejuicios. Con el nacimiento de la arqueología,<sup>4</sup> el hombre de la Ilustración ya no solo buscaba contar historias pintorescas y exóticas, sino también estudiar con método y rigor los sitios antiguos y los habitantes de países que le eran extraños. A pesar de los avances científicos, el nativo se limitaba a ocupar su posición como objeto de fantasía y fascinación, un elemento de estudio que no era el objetivo principal de la aventura y al que no se necesitaba comprender. Savary, por ejemplo, escribe:

Tomé el aire y la ropa de un turco. Mi tez quemada por el sol se ha vuelto egipcia. Un chal cubre mi cabeza y esconde mi cabello. Un bigote largo da sombra a mis mejillas. Gracias a esta metamorfosis, y a mi costumbre de hablar árabe, camino por la ciudad, viajo por los alrededores y vivo con esta gente extraña.

No se mezcla con la población, aunque él crea lo contrario, se disfraza. Esta forma de pensar y de actuar ampliaría la brecha entre los pueblos y colorearía la relación entre los franceses y las denominadas «poblaciones primitivas» con un deseo de dominación sobre una clase considerada inferior.

Exactamente lo mismo que hacían los turcos. Para ellos, Egipto era un lugar atrasado. El Bajo Egipto, una vasta llanura aluvial atravesada por una red de canales —el delta del Nilo—, parecía encarnar el violento conflicto entre los valores pacíficos del campesinado local: el apego del agricultor a una tierra, que solo abandonaría bajo coacción o ante el horror de la violencia, y el brutal rostro de los beduinos —nómadas o sedentarios—, emancipados del control de la administración otomana. El campesino era considerado artero, perezoso y propenso al engaño. El beduino, salvaje, feroz y cruel. Ninguno de ellos tenía el más mínimo atractivo para los otomanos refinados; de eso se aprovechó la casta militar que ellos mismos habían mantenido por propio interés.

### **El país de los mamelucos**

*Mamlūk*, en árabe significa «poseído». Los mamelucos eran descendientes de esclavos no árabes que habían sido liberados para servir y luchar por las dinastías árabes gobernantes. Había una larga historia de soldados esclavos en el Medio Oriente. Ya en el siglo IX, los gobernantes abasíes de Bagdad compraron cautivos, en su mayoría turcos, para este propósito. La tradición la continuaron las dinastías que les siguieron, incluidos los fatimíes y ayyubíes —fueron los fatimíes quienes construyeron los cimientos de lo que hoy es El Cairo islámico—.

Durante siglos, los gobernantes del mundo árabe reclutaron hombres de las tierras del Cáucaso y Asia Central.

En la India, en el siglo XIII, los mamelucos turcos lograron mantenerse durante tres generaciones en el trono del poderoso sultanato de Delhi. A partir del siglo XV, los sultanes otomanos utilizaron *devshirmè* «la cosecha» de jóvenes criados en los Balcanes y reducidos a la esclavitud para formar los regimientos de jenízaros. En Iraq, en el siglo XVIII, los mamelucos circasianos del Cáucaso gobernaron la provincia en nombre del sultán de Estambul. Pero ninguna de estas experiencias políticas es comparable al reinado de los mamelucos de El Cairo, que no solo sirvieron al trono, sino que se establecieron allí para su mayor gloria.<sup>5</sup>

Es difícil discernir el origen étnico preciso de los mamelucos egipcios, dado que procedían de varias regiones étnicamente mixtas, pero se cree que la mayoría eran turcos —principalmente de las tribus kipchak y cuman— o del Cáucaso —predominantemente circasianos, pero también armenios y georgianos—, arrojados a los mercados de esclavos por el avance de las hordas mongolas de los hijos de Gengis Kan. Como forasteros, no tenían lealtades locales y, por lo tanto, luchaban por sus amos. Además, los turcos y circasianos tenían una feroz reputación como guerreros. Los esclavos se compraban o secuestraban cuando eran niños, alrededor de los trece años, y se llevaban a las ciudades. En Egipto, sobre todo a El Cairo y a su ciudadela. Allí, como en todos los establecimientos militares, las autoridades intentaban inculcar un espíritu de cuerpo y un sentido del deber entre los jóvenes, por lo que vivían en guarniciones separadas de la población local.

Fue en la época de los mamelucos cuando prácticamente se completó la arabización de Egipto. El árabe era el idioma de la burocracia desde principios del siglo VIII y el idioma de la religión y la cultura, incluso para los no musulmanes. El principal incentivo para aprenderlo era el deseo de la población de situarse próxima a la élite gobernante y erudita. También la inmigración de miembros de tribus árabes durante los primeros siglos de la ocupación y sus matrimonios mixtos con los habitantes autóctonos, contribuyó a su propagación gradual.

A esa comunidad étnicamente diversa, unida por el idioma árabe, la contribución específica de los mamelucos fueron los logros militares.



Como cuerpo de combate de élite, su supremacía no tardó en crecer, y en 1250, se hicieron con el poder. Puede resultar sorprendente que la persona que marcó el comienzo de su elitista gobierno de hombres fuera una mujer: Shayar Al Durr, una esclava de origen armenio o turco que se casó con el sultán ayubí Al Salih Ayyub. Tras haber estado encarcelada con él en Siria, lo acompañó a El Cairo, donde se convirtió en sultán en 1240.

En ese momento Oriente Medio estaba bajo la presión de las hordas mongolas de Hulegu Khan, pero una amenaza más inmediata llegó en 1249, con la invasión de Egipto por el rey Luis IX y su séptima cruzada. Luis tomó Damietta y amenazó con ocupar El Cairo. No lo consiguió, pero su sola presencia llevó a Al Salih, que moriría de tuberculosis ante los muros de la ciudad, a pedir ayuda a los mamelucos de Rodas, dirigidos por Izz al-Din Aybak al-Turcomani. Con él llegaron los problemas.

A pesar de que Turan Shah, hijo y heredero de Al Salih, logró apresar a Luis IX, la victoria sobre los cruzados se atribuyó principalmente a los mamelucos de su padre, lo que le enemistó con ellos. El resultado fue que lo asesinaron, y nombraron sultán a Aybak, que además se desposó con Shayar Al Durr.

Aybak fue el primer mameluco que gobernó Egipto entre 1250 y 1257. Aplastó la rebelión de las tribus beduinas del sur, desbarató los planes de sus rivales mamelucos de arrebatarse el poder y repelió el intento de invasión de un sultán ayubí sirio, pero no logró ver que Al Durr era una mujer de voluntad fuerte que había mantenido unido a Egipto durante una época de crisis y también quería hacerse con el dominio del estado. Murió asesinado por los sirvientes de su esposa en 1257.

Shajar al-Durr y todos los que la habían ayudado fueron arrestados y acabaron ejecutados. Para ocupar el trono vacante los mamelucos nombraron al hijo de Aybak, al-Mansur Nur, nuevo sultán. Tenía entonces solo once años y Al-Muzaffar Sayf ad-Dîn Qutuz se convirtió en su tutor. Lo derrocó el 12 de noviembre de 1259, con el pretexto de su juventud.

Muy pronto, Egipto volvió a estar seriamente amenazado por una invasión extranjera. Los mongoles de Hulegu habían ocupado Bagdad

y se habían apoderado de gran parte de Siria y algunos territorios de Anatolia, lo que amenazaba la existencia misma del islam como cultura política.

En 1260, el líder mongol envió un embajador a Egipto para entregar los términos de la rendición. Qutuz hizo caso omiso y ordenó su ejecución, lo que aseguró la guerra contra lo que parecía un adversario imbatible. Sin embargo, un ejército al mando del comandante mameluco Al-Malik az-Zâhir Rukn ad-Dîn Baibars al-Bunduqdari, obtuvo una sorprendente victoria contra Hulegu en la batalla de Ain Yalut, y la amenaza de los mongoles se esfumó.

Tras su victoria, Baibars regresó rápidamente a El Cairo, hizo asesinar al sultán a las afueras de Gaza y se instaló en el poder. Bajo su gobierno, los mamelucos expulsaron a los mongoles de Siria, tomaron varias ciudades en poder de los cruzados y dirigieron un ejército hacia Armenia. Esas operaciones otorgaron una cierta sanción al dominio mameluco que de otro modo nunca habría alcanzado.

Una legitimidad adicional la obtuvo mediante la protección de los lugares sagrados del islam —los santuarios de La Meca y Medina—, así como los de Jerusalén y Hebrón, de los cuales el sultán de El Cairo era tradicionalmente su protector. En 1266, Baibars envió por primera vez a La Meca, a la cabeza de la caravana de peregrinos de El Cairo, un palanquín vacío, símbolo de la protección que pretendía ejercer sobre el lugar de reunión de los musulmanes del mundo entero.

Además de ser un genio militar, Baibars, el verdadero fundador del Estado mameluco, forjó relaciones diplomáticas con varias potencias extranjeras, incluida la Sicilia normanda y la Horda de Oro —los gobernantes mongoles que dominaron Rusia y Ucrania hasta el siglo xvi—, y estableció en Egipto una eficiente burocracia.

Con su hijo y sucesor, al-Sa'íd Násir al-Din Berke Kan, cayeron las últimas ciudades controladas por los cruzados en la costa levantina, y los mamelucos aseguraron Siria como una zona de amortiguamiento militar y como región estratégica por sus importantes rutas comerciales. También tenía abundancia de recursos. Durante los siglos siguientes, los mamelucos tendrían que defender Siria de las incursiones de los mongoles de Tamerlán<sup>6</sup> y de los turcos otomanos.

Combatir a los mongoles proporcionó un refugio en Siria y en Egipto a los musulmanes que huían de su devastación. La extensión de ese territorio se redujo por los posteriores ataques mongoles contra Siria, uno de los cuales consiguió ocupar Damasco de 1294 a 1295, por lo que Egipto recibió una mayor afluencia de refugiados de la propia Siria y de zonas más al este.

Este desplazamiento accidental de eruditos y artesanos a Egipto explica hasta cierto punto el florecimiento de ciertos tipos de actividad cultural bajo su dominio. De la misma manera que apoyaron al califato como un símbolo visible de su legítima reclamación de gobernar el territorio islámico, cultivaron el apoyo y patrocinaron a líderes religiosos cuyas habilidades necesitaban para administrar su imperio y dirigir los sentimientos religiosos de las masas. Aquellos teólogos que cooperaron con el Estado fueron recompensados con puestos gubernamentales —en el caso de los *ulamas*—, y con importantes *zāwiyahs* —monasterios—, en el caso de los sufíes místicos. De la misma forma, los que se atrevieron a criticar el orden social y moral imperante fueron encarcelados.

Bajo el dominio mameluco, a pesar de la hambruna generalizada, los brotes de luchas religiosas y los levantamientos beduinos, Egipto se convirtió en el centro político, económico y cultural de la zona oriental de habla árabe del mundo musulmán. El Cairo floreció. Ubicada a lo largo de una de las principales rutas comerciales entre Oriente y Occidente, se convirtió en una de las grandes ciudades del mundo, con enorme cantidad de bazares, edificios públicos, mezquitas y *wikalas* —lujosas casas de comerciantes—. Los gobernantes mamelucos, amparados en sus cuantiosos beneficios, también fueron grandes mecenas de las artes y las ciencias, al igual que sus predecesores omeyas en Siria.

La muestra del estímulo que los mamelucos dieron a la vida cultural en una era de prosperidad económica se puede encontrar principalmente en los campos de la arquitectura y la historiografía. Decenas de edificios públicos erigidos bajo su patrocinio todavía están en pie en El Cairo, incluidas mezquitas, madrazas —universidades—, hospitales o caravasares. También sus estudios fueron monumentales, en forma de inmensas crónicas, diccionarios biográficos y enciclopedias.

Hasta la llegada de los mamelucos, con pocas y, por tanto, notables excepciones, los gobernantes musulmanes de Egipto rara vez interfirieron en la vida de sus súbditos cristianos y judíos siempre que pagaran los impuestos especiales —la *jizyah*—, que se les imponían a cambio de protección estatal. De hecho, tanto los coptos como los judíos siempre habían servido en la burocracia musulmana, a veces en los puestos administrativos más altos. Ni siquiera las cruzadas lograron alterar ese delicado equilibrio entre musulmanes y cristianos. Es un hecho, a pesar de que repetidamente se intente hacer creer lo contrario, que el comercio con las ciudades-estado italianas continuó en ese periodo, y no hay prueba alguna de que a los cristianos locales se les responsabilizara de las invasiones cruzadas de Egipto.

Sin embargo, al establecerse el sultanato mameluco, la suerte de los cristianos, tanto en Egipto como en Siria, empeoró. Un indicio de este cambio es el aumento de escritos contra ellos firmados por teólogos musulmanes. Una posible razón de esa alteración pudo ser la asociación de los cristianos con el peligro mongol. Porque los mongoles utilizaban en sus ejércitos auxiliares cristianos —georgianos y armenios en particular— y a menudo perdonaron a las poblaciones cristianas de las ciudades que conquistaron, mientras masacraban a los musulmanes.

En varias ocasiones, el resentimiento popular contra la notoria riqueza de los coptos y su desempeño de funciones públicas acabó en manifestaciones públicas y ataques a sus santuarios. Bajo tal presión, el gobierno mameluco despidió a los cristianos en no menos de nueve ocasiones entre 1279 y 1447, pero tuvo que volver a nombrarlos como funcionarios, pues solo ellos entendían el sistema de contabilidad utilizado desde la época faraónica.

En 1301 los mamelucos ordenaron el cierre de todas las iglesias de Egipto. Como resultado de estas persecuciones intermitentes y la destrucción de los lugares de culto, las conversiones al islam se aceleraron notablemente y el copto prácticamente desapareció excepto como lengua litúrgica. Quedó, eso sí, un odio latente, inextinguible, contra los opresores que les obligaban a usar un atuendo distintivo simple, barato, oscuro y falto de ornamentación para humillarlos —se denomi-